

LA VICTORIA ALEMANA,
SENDA HACIA EL FUTURO



Dr. OTTO DIETRICH

Biblioteca Weltanschauung NS
Libros Para Ser Libres



Dr Otto Dietrich

Delegado Nacional de Prensa del Reich

1944

TERRAMARE INSTITUT, BERLIN Ws

En el curso de un congreso de la prensa alemana celebrado en Weimar, hizo uso de la palabra el Delegado Nacional de Prensa del Reich, Dr. Dietrich, ante representantes caracterizados de la prensa alemana y extranjera disertando sobre cuestiones referentes a la guerra en el campo del espíritu, así como acerca de un futuro nuevo orden en Europa. Atendiendo a numerosos deseos se publica aquí el discurso del Delegado Nacional de Prensa del Reich, haciéndolo de esta suerte asequible a un amplio público.

Correligionarios, periodistas alemanes:

Por tercera vez nos hemos reunido en el curso de esta lucha, la más gigantesca que tuvo nunca que mantener nuestro pueblo para garantizar su futuro y la conservación de su historia bimilenaria.

Con especialísima cordialidad saludo a los camaradas en uniforme que cumplen hoy su deber como soldados y periodistas a la vez, y que, procedentes del Este y del Oeste, del Norte y del Sur, han venido por breves días aquí, al corazón del Reich, a esta ciudad que siempre nos ha aparecido como un símbolo de aquellos valores espirituales supremos de nuestra nación y como emblema de la potencia creadora verdaderamente amplia y omnicomprendensiva del alma alemana.

No menos cordialmente saludo a todos los camaradas que se encuentran en el frente de la retaguardia dentro de las ciudades tan gravemente heridas por el terror aéreo, cumpliendo su deber, a menudo, entre las mayores dificultades y que, sin embargo y pese a ellas, prosiguen la labor que les ha sido encomendada, sin haber depuesto ni un día tan sólo la aguda espada periodística que les fue puesta en las manos.

Mi saludo se dirige igualmente a todos aquéllos que, independientemente del puesto en que han sido colocados, trabajan y luchan con incólume lealtad y conciencia del deber, convirtiéndose cada uno en su lugar tanto más intensamente cuánto más pasa el tiempo, en soporte de uno de los más hermosos cometidos que el pueblo puede confiar: ser la voz alta y pura de su conciencia.

Mi saludo se dirige, finalmente, a los compañeros de la prensa extranjera que en tan gran número han aceptado la invitación de sus camaradas alemanes y que se encuentran entre nosotros en este día de hoy.

Al reunirnos hoy aquí, todos recordamos aquellos congresos que en años pasados y, también a menudo durante la guerra, reunieron a las personalidades más caracterizadas de la prensa alemana en una labor e intercambio mental comunes. Eran

aquéllas horas en las cuales, por encima de los lazos humanos y de la comunidad de camaradas de tantos publicistas sobresalientes, se hacía patente y cobraba forma un nuevo espíritu del periodismo, un espíritu capaz de mostrarse altivo, independiente, libre y consciente de sí, porque sabía que no estaba sometido a nadie más que a la nación, cuya voluntad y cuyo sentir, cuyo pensar y cuyo obrar, cuya vida y cuya creación, cuya lucha y cuyos triunfos debía expresar y exponer, describir e interpretar, estimular y apoyar, como su gran cometido histórico.

Por ello, partiendo de esta actitud, no fue difícil a los hombres de la prensa alemana echar mano del fusil junto a la pluma, ya que el que ha luchado ya tanto tiempo por su pueblo como militante disciplinado del espíritu, no considera sino como una última confirmación de su cometido el que un día se vea llamado a cumplir también como soldado el mismo deber. Con orgullo podemos hoy hacer constar que los mejores dentro del periodismo alemán combaten hoy en todos los frentes por su tierra y por su patria, por el pueblo y por el Führer.

En estos instantes, nuestros pensamientos se dirigen a todos aquellos de nuestros camaradas que han dejado su vida en los campos de batalla, sellando así su lealtad con la muerte de héroes. No nos lamentamos de que la muerte nos haya arrancado tantos de nuestros mejores hombres, ya que sabemos que su sacrificio hace florecer la victoria y que su muerte se ha convertido en un imperativo de nuestro futuro trabajo por la nación.

En su espíritu nos sabemos juntos nosotros todos, lo mismo en buenos que en malos días. Sabemos que jamás llegó a ser grande un pueblo sin haber pasado antes por la prueba extrema de su valor, su fe, su fuerza y su tenacidad. En una época como ésta, difícil, dura y plena de sacrificios, se hace cada vez más duro y más grandioso su cometido para los hombres que representan la conciencia publicitaria de la nación, y en una época como ésta, alcanza su máxima responsabilidad la significación de la prensa. La unidad y la concentración interna del pueblo, su decisión para el obrar, su capacidad de entusiasmo y su fuerza moral, la fortaleza de su corazón y la potencia de su voluntad han sido puestas, en efecto, en gran parte en nuestras manos.

No menor, empero, que el cometido rector espiritual en el interior, es el cometido que, como portavoz de la nación e ilustradora de los pueblos, corresponde a la prensa en la lucha hacia el exterior junto a la contienda en los campos de batalla, detrás de los ejércitos y escuadrillas de hierro y acero y al lado de aquéllos y éstas tiene lugar, en efecto, una guerra mundial de los espíritus. En esta lucha contienden unos con otros la apariencia y la realidad, la verdad y la mentira, las frases y los hechos, la calumnia y la pureza en la actitud. En este enorme mortero que es el Periodismo internacional, se forma la opinión pública de los pueblos y la labor de los periodistas penetra profundamente en las grandes decisiones de la humanidad. Si ha de servir a la verdad y a la información de los pueblos, este trabajo exige claridad de visión para percibir las conexiones internas, seguridad de juicio sobre los grandes procesos, y, no en último lugar, percepción de la estrategia agitadora de nuestros enemigos. Valiéndome de datos incontrovertibles quisiera daros a continuación estas condiciones previas.

Si consideramos detenidamente la sistemática de la guerra de nervios desencadenada actualmente por nuestros enemigos valiéndose de una gran ofensiva agitadora, vemos que se sirve siempre de métodos perfectamente determinados, que es posible seguir por doquiera como una directiva general en la estrategia de su propaganda.

Poniendo en acción elementos extraordinarios se entregan sin escrúpulo al "bluff", llegando incluso a hacer viajes en torno a medio mundo con el fin de dar a sus maniobras propagandísticas la apariencia de procesos políticos serios, así como para engañarse a sí mismos. Uno de los métodos empleados constantemente es, por ejemplo, el de asegurar que lo que estamos obligados a hacer durante la guerra como medidas militares necesarias, es lo mismo que lo que pensamos hacer en la paz después de terminada esta guerra.

Hace ya dos mil años los antiguos griegos estudiaron con todo detenimiento en el seno de la Dialéctica el sofisma concebido con ánimo de engañar. Hoy todavía, toda Teoría Elemental de la Lógica registra como uno de las más sospechosas faltas probatorias el «proton pseudos», es decir, el tosco recurso a

construir una prueba inexacta partiendo de una presuposición falsa.

Esto es lo que nuestros enemigos realizan ininterrumpidamente, con el fin de engañar a un mundo harto crédulo. Sus palabras son: «Ved a los alemanes, cómo sojuzgan a los pueblos de Europa, forzándoles bajo el tacón de sus botas y sometiéndoles a la violencia. Nosotros, empero, os traeremos la libertad a vosotros, pueblos oprimidos. Los alemanes son los opresores, nosotros, en cambio, somos los liberadores de la humanidad, los garantes de un mundo mejor. «

Si, por ejemplo, en los territorios ocupados o protegidos por nosotros se organizan conspiraciones o se llevan a cabo sistemáticamente actos de sabotaje por grupos aislados o por estudiantes, viéndonos obligados, por razones de seguridad militar, a proceder contra los perturbadores de la paz y a tomar medidas para la tranquilización y pacificación de estos territorios, todo el foro de la prensa enemiga vocifera a tambor batiente uniéndose a él sus sedicentes palafreneros neutrales, tal como, por ejemplo, tenemos ocasión de experimentarlo de nuevo, en estos días, en periódicos suecos.

Sería posible aducir centenares de ejemplos de esta clase, extraídos de la propaganda de nuestros enemigos. Nuestros enemigos llevan a cabo el juego "unfare" e infame de presentar como nuestras intenciones para la paz ciertas medidas propias de la guerra que el Derecho Internacional concede a las naciones beligerantes en los territorios ocupados. Valiéndose de presuposiciones falsas, alteran nuestras ideas y mienten al mundo sobre nuestros planes. En sentido paralelo al mal de la «demagogia», podría denominarse su método, «plutomagia». Del proceso agitador del propio pueblo han pasado ahora a la agitación de todos los pueblos.

Nuestra obligación frente a ello es siempre y continuamente descubrir estas falsificaciones, poner al descubierto la imagen de la realidad y las fuerzas determinantes y grandes líneas fundamentales e inmovibles sobre las cuales tiene lugar la actual contienda mundial. Nuestras manifestaciones tendrán un efecto tanto más convincente cuanto más las probemos por boca de nuestros enemigos, llevando a éstos ad absurdum con sus

propias palabras. La gran línea general de la guerra política de nuestros adversarios está constituida actualmente en amplia medida por la estrategia del “bluff”. La táctica de su campaña de propaganda, aparatosamente organizada, consiste en hablar ininterrumpidamente ahora, en plena guerra, de sus planes para la paz, a fin de sugerir al crédulo mundo y a los neutrales la opinión de que la guerra pueda decirse que ya está ganada por ellos. Es decir, que quieren atropellar el pensamiento individual de los hombres con un sudexpreso que conduce al país de sus sueños. De este método, que llevan a cabo hasta en los más insignificantes detalles - ya hoy, por ejemplo, calculan y publican cuántos millones ha de pagar cada país para la alimentación de los pueblos de Europa y Asia después de su liberación - se prometen tres efectos a la vez: En el propio pueblo está destinado a robustecer la confianza y a levantar el ánimo, mientras que, a la vez, debe atemorizarnos a nosotros y gastar nuestros nervios, creando, por fin, una especie de pánico de llegar demasiado tarde entre los neutrales que se hallan fuera de la guerra, pero a los cuales nuestros enemigos quisieran llevar a ella.

Este “bluff” gigantesco comenzó con la Carta del Atlántico y las cuatro libertades de Roosevelt. Roosevelt y Churchill proclamaron entonces los principios fundamentales sobre los que prometían construir un «futuro mejor para el mundo». Ambos manifestaron que «sus países no pretendían ganancia alguna», ni aspiraban a «ninguna modificación territorial que no se hallara de acuerdo con los deseos libremente manifestados de los pueblos». Con toda solemnidad proclamaron «respetar el derecho de todos los pueblos a escoger la forma de gobierno bajo la cual quisieran vivir, siendo su deseo devolver a todos ellos el derecho de soberanía y un gobierno autónomo.»

Un año entero triunfó sin esfuerzos en millones de cerebros primitivos el mentido idealismo de la liga de redención mundial rooseveltiana, hasta que estalló la pompa de jabón de mil colores, descorriéndose el velo ante los ojos de un mundo engañado y mostrando la dura y escueta realidad. Reproduciré algunas opiniones del campo enemigo, en las cuales se refleja ya prematuramente el desencanto general:

El senador de los Estados Unidos, Gilles, manifestaba: «Asegurar al mundo que camina hacia un período utópico de total abnegación, llevará a un fracaso trágico.»

«New Statesman and Nation» hace la exacta observación: «Nuestros estadistas exponen tópicos sonoros sobre un nuevo mundo a constituir. Todo ello no representa mucho más que una colección de piadosas majaderías.»

«New York Daily News» escribe: «Las 'cuatro libertades' no se establecerán en este mundo ni cuidarán de que todos se amen. «

El norteamericano Taylor, manifestaba sin ambages en su libro «Men in Motion»: «No podemos dar al mundo las 'cuatro libertades'. La promesa de los Estados Unidos es pura fantasía. «

Hoy no hay nadie que tome ya en serio lo que hace todavía meses era el evangelio de millones de crédulos idealistas. En la conferencia de Moscú no se mencionó siquiera la Carta del Atlántico y sus principios fueron objeto hasta de sarcasmo, siendo sacrificados sin piedad a la política de fuerza. Desde la Casa Blanca se oyó decir que el Presidente Roosevelt había renunciado a sus frases idealistas de las “cuatro libertades” y del siglo del hombre sencillo - después de que todo ello había servido para el fin deseado - y que en su diccionario diplomático avanzarían de nuevo en el futuro a primer lugar los conceptos de comercio, mercancía y negocio de bolsa. Roosevelt ha manifestado ahora, de nuevo, su adhesión al »big business«, y quiere convertir en tantos por ciento las cuatro libertades.

En relación con ello, Kingsbury Smith escribe en el «American Mercury», que los Estados Unidos han renunciado al «espíritu de cruzada de la declaración del Atlántico» sustituyéndolo por una política más precavida. Ante las próximas elecciones presidenciales, el partido democrático no puede permitirse el lujo de hacer aparecer a los Estados Unidos en el papel del «Don Quijote de las cuatro libertades ».

A la campaña rooseveltiana para la redención del mundo siguió después la fiebre de los planes para la postguerra, la sugestión de que la guerra ya esté ganada con la elaboración ininterrumpida de programas para la postguerra, con la forja de planes y promesas de una época dorada, con el conjuro de un espejismo

para después de la contienda Fue entonces cuando comenzó en Norteamérica la época de las homilias sobre la futura prosperidad. En Inglaterra se presentó a los obreros el ridículo plan de Beveridge, al cual se le ha designado en el Empire como «la preparación para el restablecimiento de la esclavitud» y como «una cataplasma provisoria para la pobreza y la inseguridad». En Hot Springs se preparó la transferencia del aprovisionamiento alimenticio del mundo a manos de la dictadura del capital anglo-norteamericano. Morgenthau proclamaba el futuro monopolio del dólar y White y Keynes sus proyectos para la explotación de los bancos. En Atlantic City se puso en escena la comedia de la comisión de la UNRRA y, mientras que en la India mueren de hambre ante los ojos del mundo millones de personas, sin que la conferencia se entere de ello, más bien negándose expresamente a ocuparse de esta terrible situación, se tiene la desvergüenza de calcular con fines de propaganda en 200 calorías por día y cabeza la porción alimenticia para los europeos «dignos de ser liberados». A las personas de las clases inferiores en los Estados Unidos les aseguran estos charlatanes que proyectan para ellas en la postguerra un nivel de vida más elevado que nunca.

En el entretanto comienza a disiparse también esta embriaguez, artificialmente provocada, de planes para la postguerra.

Así, por ejemplo, podía leerse en la «Contemporary Review»: «Millones de personas semiinstruídas parecen vivir en la ilusión de que no hace falta sino forjar planes para que nazca en la postguerra un mundo en el que cada uno pueda vivir sin cuidados ni fatigas. Aquellos, empero, que meditan, aunque sólo sea un poco, sobre sus contemporáneos, tienen que percatarse de la estafa».

«The Nation Review» designa estos planes como una «ilusión», como una «promesa dada con enorme suma de palabras y sin la menor intención de realizarla».

«No hay revoluciones ni Cartas del Atlántico, por muy grande que sea su número, que puedan modificar esta miseria de la postguerra.»

«¡Tened cuidado, locos de vosotros!», exclama «Empire News» dirigiéndose a aquellos que se entregan a tales esperanzas.

La conferencia de Moscú con toda su palabrería de «seguridad colectiva» y, a la vez, con la entrega práctica de las pequeñas naciones al bolchevismo constituyó un primer punto álgido de esta agitación hecha de frases. Aquella conferencia fue designada pomposamente como «una nueva fase de la guerra». De hecho, empero, esta balumba de frases hechas sirvió solo para ocultar tras de ella el verdadero resultado a que había conducido: la traición a los pequeños Estados. La conferencia de Moscú fue una ducha de agua fría desilusionadora para todos aquellos en Europa que habían conservado un resto de sentido común. El «bluff» de Teherán es tan sólo una acción propagandística, bajo la cual no se oculta más que el deseo de poner con promesas y amenazas al pueblo alemán, y con él a los pueblos de Europa, en estado tal de hipnosis política que ellos mismos coloquen su garganta bajo el cuchillo de sus enemigos. Este ridículo plan de Teherán está llamado, sin embargo, a convertirse en una verdadera plancha propagandística.

Millones de cerebros despiertan ya de la narcosis de los sedicentes proyectos para la postguerra y de los planes de reforma universal, pero sólo algunos pocos son capaces de percibir todavía lo que se oculta en realidad tras este «bluff» gigantesco.

Si nos planteamos seriamente la cuestión de cuál es el aspecto del nuevo orden mundial propugnado por nuestros enemigos, nos esforzaremos, en primer término, vanamente por captar algo tangible detrás de su tosca agitación. Nada encontraremos, absoluta y radicalmente nada, sino palabras vanas y promesas vacías. Si, en cambio, basándonos en experiencias prácticas, estudiamos todas las posibilidades del desarrollo que abren al futuro de la humanidad las concepciones de nuestros adversarios, veremos surgir un abismo ante nosotros. Echamos de ver que, detrás de sus frases, se oculta en realidad una terrible perplejidad y ausencia de ideas, y que, tanto la ruta «democrática» es decir capitalista-plutocrática - como la bolchevique y clasista conducen a la humanidad a la miseria y a la desesperación. Detrás de ambas se alza el caos en todo su espanto político.

Si nuestros enemigos triunfasen y pudieran realizar sus proyectos, hundirían al mundo en un caos económico y social mayor y más horrendo que toda su capacidad para comprenderlo. Las experiencias del pasado en relación con las convulsiones del presente lo prueban así.

Todo planear acerca de un mundo futuro, todos los proyectos de conformar anticipadamente la vida humana en común, se hallan predestinados al fracaso si no tienen lugar de acuerdo con las leyes naturales de desenvolvimiento de la vida. Desde hace unos tres decenios, desde que estalló la primera guerra mundial de 1914, el mundo se encuentra política, económica y técnicamente en un proceso de desenvolvimiento que avanza velozmente. Este proceso, no podrá ser, sin embargo, fructífero y beneficioso para los pueblos, si no se realiza en todos los sectores en forma orgánica y en conexión recíproca. Si el progreso técnico y económico avanza vertiginosamente en una época de grandes convulsiones, mientras que, a la vez, la estructura social de las grandes naciones no muestra síntoma alguno de adaptarse a aquél ni de seguirle, es seguro que esta discrepancia habrá de conducir irremediamente a terribles explosiones y descargas.

En su desarrollo económico el mundo ha penetrado en la época de la producción desenfrenada, en la cual ya no es la posibilidad de venta la que determina el nivel de la producción, sino la producción, más intensa la que determina el nivel de vida de una nación. La característica de una forma económica semejante, es que en ella el punto de gravedad de la actividad económica pasa del comercio a la producción. La guerra actual con su gigantesco aumento de producción y con sus monstruosas categorías de volumen industrial subraya tan sólo y acelera este proceso. Mientras que la aspiración incesante de una ordenación social progresiva debería ser, en interés precisamente del impulso ascendente de toda la economía, llevar a las masas al goce de la mayor producción, a fin de que su potencia adquisitiva garantizase la venta; la anacrónica ordenación social de los Estados capitalistas vive en un miedo continuo a la superproducción, porque ésta hace bajar los precios, y en igual miedo al aumento de los jornales porque éste eleva el nivel social de los obreros. Esta ordenación social no es capaz de solucionar

el problema planteado por la nueva y más elevada capacidad de producción que la técnica moderna ha hecho posible. Los planes anglo-norteamericanos sobre la conformación de la economía de la postguerra no son aptos para llevar a su total desarrollo la capacidad productiva de los pueblos, ya que sin formas radicalmente nuevas en las propias economías nacionales no pueden ser agotadas las capacidades de producción existentes, y no es tampoco posible encontrar una base robusta para una nueva economía mundial. Las castas dominantes de la plutocracia no pueden, empero, realizar estas nuevas formas porque en este caso deberían desaparecer del escenario político y renunciar a su dominación.

Ya después de la primera guerra mundial el pensamiento capitalista no se hallaba en situación de dominar las relaciones económico-mundiales. La dislocación de la economía mundial experimentada después de Versalles y que preparó la segunda guerra mundial, sería, sin embargo, un juego de niños comparada con el infierno económico que provocaría un triunfo de los Estados capitalistas. El gigantesco desarrollo de la técnica moderna en los últimos decenios ha aproximado unos a otros a los hombres de la tierra. El ritmo de la vida y de la economía se ha hecho más rápido y se ha multiplicado. En la misma medida se agudizarán y multiplicarán en el futuro bajo la dominación del sistema económico capitalistas las crisis de los mercados, hasta alcanzar un volumen insospechado. Su ritmo vertiginoso hará que la miseria humana y social que antes se repartía en años se concentre ahora en breves espacios de tiempo conduciendo a una catástrofe.

Mientras que el Moloc de la guerra devore la producción gigantesca respectiva, es fácil para los capitalistas de los Estados Unidos y del Imperio inglés trazar con colores engañosos una imagen de la paz como de una época de abundante prosperidad y como un siglo dilecto para las masas, dado, sobre todo que con ello se trata de animar a los trabajadores a la lucha en pro de los intereses capitalistas. Si esta paz, empero, llegara a «estallar», tan sólo produciría lo que los obreros pudieran comprar con sus jornales de hambre. Bajo el signo de la crisis de los mercados estrangularían después la producción, a fin de elevar los precios;

volverían a arrojar su café al mar, lanzarían a la calle innumerables millones de parados y entregarían de nuevo a la miseria a los que por ellos lucharon.

Ahora bien, la incapacidad de resolver los problemas de la economía interna se convierte, a su vez, forzosamente, en una materia de conflicto dentro de las relaciones internacionales. En la medida, en efecto, en que los grandes Estados capitalistas se ven obligados a forzar su exportación, trasladan a otros países su propio paro. Este paro, empero, que tratan de endosar a las otras economías nacionales, será lanzado por estas últimas otra vez contra aquéllos. De esta suerte, la lucha por los mercados desencadenaría una guerra económica más cruel y más implacable que todas las guerras hasta ahora conocidas. Gigantescas bajas de precios y repentinos encarecimientos de productos de primera necesidad dislocarían el andamiaje económico del inundo, mientras que los pueblos se verían estremecidos por huelgas, motines y revoluciones continuas, nacidos del hambre y de la miseria. Estallaría un «dumping» de todos contra todos, una explotación y despojamiento sin ejemplo de las masas trabajadoras; el mecanismo de los pagos se dislocaría, una corrupción de dimensiones espantosas se extendería por doquiera y el comercio mundial quedaría paralizado. Miseria y privaciones cubrirían nuestro planeta de un polo a otro.

Este sería el mundo que promete realmente a los pueblos el triunfo de América e Inglaterra!

La argumentación económica y social que prueba que habría de ser así, caso de que no triunfaran la verdad y la razón, es evidente de toda evidencia y nada puede refutarla. Aquí no se trata de frases sino de un producto de la razón y del curso de la causalidad. No hay ninguna salida pacífica que nos saque de la dinámica de las crisis, constantemente agudizada, que es propia del capitalismo. La seguridad colectiva es un fantasma, un experimento ineficaz hecho sobre un objeto inapropiado. Las tensiones se concentran cada vez más intensamente, hasta que, al fin, estalla el conflicto. En la incapacidad total para hallar salida al dilema político, económico y social tras una guerra que fuera - según creen equivocadamente nuestros enemigos - victoriosa

para ellos, se dibuja ya hoy en el horizonte la tercera guerra mundial.

La idea, por tanto, por la cual nuestros enemigos luchan en realidad, no es un mundo de la paz perpetua, sino el ritmo de la guerra perpetua.

Como no hace mucho decía el Senador norteamericano Taft:

«Cuando se mantiene una guerra tan sólo como cruzada por la libertad del mundo entero, el mundo entero se ve invadido por la guerra a perpetuidad.»

Son muchas las personas en los Estados enemigos que parecen sospechar ya en su subconsciencia este destino de las masas trabajadoras. Guerra perpetua; he aquí el fantasma que se alza invisible detrás del «bluff» que caracteriza todas las disquisiciones de nuestros enemigos sobre el mundo de la postguerra. He aquí lo que, pese a todas las frases y a todas las retumbancias, pone en cuidado a la masa trabajadora de los Estados adversarios. Aquí se encuentra su escepticismo y su sospecha.

«Lo que hoy padecemos como parte de un mundo desdichado», manifestaba recientemente el Senador norteamericano Austin, «será no más que un simple prólogo en comparación con el abismo de ruinas en que nos precipitarán las aguas no reguladas de una miseria universal».

¡No somos nosotros los que hemos manifestado estas cosas, sino ellos mismos!

Sir Stafford Crips decía no hace mucho: «Si la vida y el destino de los hombres dependen de la buena voluntad de las potencias económicas, no existe la seguridad de una paz duradera.»

El Ministro del Interior, Morrison, manifestaba, a su vez, el 30 de Octubre de 1943: «Si no podemos establecer condiciones que impidan la competencia internacional basada, en los países socialmente atrasados, en la más espantosa miseria del obrero, y sí no hacemos lugar a una generosa concepción económica que encuentre su propio provecho en grandes ventas realizadas en amplios mercados sobre la base de una productividad creciente y gastos reducidos, si no podemos establecer las condiciones que

hagan posible todo esto, es seguro que la sociedad del mundo camina con evidencia a una nueva catástrofe.»

¿Es que es posible expresar mejor que lo ha hecho con estas palabras el Ministro del Interior inglés, lo que yo os mostraba como el germen de muerte en el cuadro clínico, político y social, de nuestros enemigos ? Sólo un nuevo sistema económico adecuado a la época puede salvar al mundo de la catástrofe!

El Pueblo alemán ha conseguido extraer del espíritu de la comunidad un sistema económico de esta especie. La comunidad popular nacionalsocialista ha creado, efectivamente, las condiciones para una ordenación económica progresiva, mostrando, en los años de desarrollo pacífico que le fueron concedidos, cómo funcionaba este sistema económico nuevo, adecuado a la época y lleno de porvenir. El Pueblo alemán ha realizado entonces, de hecho, el milagro económico que hoy anhelan todos los que en la tierra viven de su trabajo. El Pueblo alemán ha sustituido el sistema de la estrangulación capitalista por el principio económico nacional del aumento de la producción. En lugar del principio de que «el capital tiene que crear capital», situó el principio de que « el trabajo crea más trabajo ». De esta suerte experimentó un impulso gigantesco la economía, a la sazón derribada en tierra. El dinero se convirtió de fin absoluto en medio. Del trabajo surgió más trabajo y de mayor producción mayor ganancia y mayor consumo para todos. El camino se había hecho libre para una nueva época de ascenso económico y social de la nación alemana, sólo interrumpida por la guerra a que fuimos forzados.

Este mundo, al que hoy tan increíblemente se engaña sobre Alemania, sobre sus ideas, sus realizaciones y sus contribuciones al futuro de la humanidad, ¿ha olvidado quizás que en los años que mediaron de la llegada al poder del nacionalsocialismo hasta el comienzo de la guerra, la nueva Alemania había emprendido una labor gigantesca de reconstrucción pacífica, realizada ya prácticamente?

Por su nuevo sistema económico, Alemania ha restituido al trabajo y al pan un ejército gigantesco de millones de parados. El número de los que en Alemania trabajaban aumentó de 12 millones en Enero de 1933 a 24,5 millones en 1939. La economía

nacional alemana, dominada antes por intereses capitalistas, caracterizada por jornales inferiores, una clase media en ruinas y una propiedad sobrecargada, experimentó un impulso insospechado por la fuerza productiva concentrada de una economía dirigida sistemáticamente, por la estabilidad de los precios y jornales, por la creciente constitución de capital, el trabajo continuo y una Hacienda sana. Los ingresos nacionales subieron de 45.200 millones de marcos en 1932 a 89.800 en 1939. La capacidad adquisitiva de los ingresos por razón de trabajo aumentó en un 50%. Mientras que antes dominaba en las ciudades, en razón del paro, hambre y miseria, y en el campo una actitud vital en descenso continuo el Frente Alemán del Trabajo y el Auxilio Social Nacionalsocialista crearon en un plazo mínimo las instituciones sociales más grandiosas del mundo. De una agricultura en ruinas surgió de nuevo en pocos años una clase campesina enérgica y con posibilidades de vida, establecida sobre un terruño libre y propio. Mientras que antes se cubría sólo el 65% de las necesidades alimenticias del Pueblo alemán con productos propios de su suelo, pronto pudo cubrirse con éstos nada menos que el 83% de aquéllas. El fomento del nivel de vida y cultural de la clase obrera alemana encontró expresión única en la grandiosa Obra «La Fuerza por la Alegría», que antes de la guerra organizaba 200.000 espectáculos por año con 95 millones de asistentes.

El mundo admiró entonces esta labor constructiva:

El 30 de septiembre de 1936 Lloyd George se expresaba sobre este punto con las siguientes palabras: «Hay que abrir bien los ojos sobre la forma audaz y valiente, así como sistemática, con que en Alemania se ha puesto mano a los problemas del paro, de la subalimentación, de la eliminación de los barrios miserables, de la elevación de la salud pública y de la puesta en marcha de una juventud vigorosa.

Estos hechos no hay que dudar de que serán conocidos más tarde o más temprano, y con la misma inevitabilidad surgirá entonces una comparación entre este proceder y la forma confusa y retardataria con que en Inglaterra se pone mano a problemas semejantes».

Con el fin de que estos hechos, que pudieran denominarse contagiosos, no llegaran a ser conocidos de la clase obrera en Inglaterra y en los Estados Unidos, y con el fin de hacer desaparecer este ejemplo tan peligroso para las clases dominantes en ambos países, declaró Inglaterra en 1939 la guerra a Alemania, bajo el ridículo pretexto del pasillo polaco. La Gran Bretaña, que con tanto orgullo se denomina, el país clásico del librecambismo, quería impedir con derroches de sangre la importación de nuevas ideas sociales revolucionarias. No es que digamos, Alemania hubiera pretendido jamás exportar estas ideas, ya que, al contrario su interés mismo la ordenaba reservarse para sí los éxitos conseguidos. La fuerza de atracción de estas ideas era, sin embargo, grande, sobre todo para aquellos países que no poseen ni los fundamentos ideales ni las presuposiciones sociales para abrir a la humanidad el camino hacia un mundo mejor. Esta fuerza atractiva es todavía hoy tan potente que los gobiernos de los países enemigos nos denigran, es cierto, designándonos como el detritus de la humanidad pero no reparan, faltos de ideas propias, en hacer suyas grandes partes de nuestra ideología, aunque, desde luego, sin poderlas realizar. El 13 de noviembre de este año pronunció Morrison en Boston un discurso, en el que dijo:

«Desearíamos ver un pueblo del que en la paz haya desaparecido tan absolutamente el paro como en la guerra, pero que, a la vez, realice labor constructiva en beneficio de la propia comunidad y de todas las naciones. En épocas de paz este nivel sólo lo han alcanzado los países totalitarios. Nosotros en Inglaterra queremos ahora poner en juego las mayores energías y tratar de alcanzar este nivel en una comunidad no totalitaria.»

¿No es monstruoso, Mr. Morrison, combatir contra un pueblo porque éste ha alcanzado aquel elevado nivel social que se querría y no se puede hacer realidad en el propio país? Nuestras exigencias: «iguales posibilidades de ascenso social para todos» y «libre acceso a las fuentes de materias primas», se encuentran hoy como puntos programáticos en todos los proyectos sobre un mundo futuro elaborados por nuestros enemigos.

La ideología, revolucionadora en el campo económico y comienzo de una nueva época en el campo social, aportada por Alemania a

la humanidad, se halla, empero, inseparablemente unida a una ordenación social nueva y adecuada al progreso de los tiempos, que ellos, nuestros enemigos, no poseen. Los principios básicos sobre los que esta nuestra ordenación social se halla construida rezan: eliminación de las diferencias de clases, conciencia nacional de la comunidad, iguales posibilidades de ascenso social para todos, y socialismo del rendimiento. En la fuerza captadora que estos principios poseen para todo productor, radica, a la vez, su «pecado mortal » contra el espíritu capitalista. Aquí se encuentra la verdadera razón del odio de nuestros enemigos y de sus propósitos de aniquilamiento frente al Pueblo alemán, que había comenzado a realizar, finalmente, el anhelo social de todos cuantos de su trabajo viven.

La segunda perspectiva futura de una nueva ordenación del mundo después de la guerra, que se ofrece a la ofensiva agitadora de nuestros enemigos, es:

la estructura bolchevique de la sociedad humana.

Esta forma de la vida humana en común sólo se ha hecho tolerable en Inglaterra y en los Estados Unidos desde que la Unión Soviética se halla en guerra con Alemania. ¿Cuál es la estructura de esta ordenación social teórica y prácticamente ?

Su raíz ideológica es el absurdo dogma de la igualdad de los hombres. Uno se pregunta, cómo es posible que una alteración tan patente del hecho natural de la desigualdad de las dotes humanas pueda haber servido de fundamento a una teoría de la humanidad que pretende para sí el futuro del mundo y que quiere haber fijado para todos los tiempos el desenvolvimiento humano. Una locura ideológica de esta especie no ha podido surgir sino abonado por afanes de pura demagogia.

La única posibilidad de hacer realidad el ascenso social de la humanidad obrera, de acuerdo con las leyes naturales, consiste en la labor verdaderamente socialista de crear para todos iguales posibilidades de avance, es decir, en quitar del camino de los productores de todas las clases sociales, sean cuales fueren su posición y su procedencia, todos aquellos obstáculos y limitaciones que el orden social capitalista ha erigido ante ellos con carácter insuperable.

No la errónea doctrina bolchevique de la igualdad de todos los hombres, sino el concepto verdaderamente creador de la igualdad de posibilidades para todos, es lo que abrirá a la humanidad la puerta hacia un futuro nuevo -y mejor. La liberación de todas las capacidades individuales y de todas las energías dirigidas hacia metas superiores, así como la eliminación de la resistencia ofrecida por los rozamientos sociales multiplicará, en efecto, el provecho del rendimiento, tanto para el individuo como para la sociedad. El principio socialista del rendimiento es el más justo frente al individuo y, a la vez, el más provechoso para la comunidad. Este principio es el constante motor social de la sociedad sin clases y, a la vez, la potencia impulsora incesante del progreso humano, que a todos aprovecha y a todos eleva consigo.

Si, al contrario, fuera el bolchevismo, con su doctrina antinatural de la igualdad de todos los hombres, el que sustituyera a la ordenación social capitalista, ello significaría la destrucción simultánea de la cultura humana y de la fuerza motriz de todo progreso humano. El mundo dejaría entonces de constituir para el espíritu humano un campo de la audacia, de la capacidad, de la energía, del tenso sentido vital del rendimiento y de las aptitudes creadoras. La vida dejaría entonces de ser digna de ser vivida para todos aquellos que sienten en sí el divino aliento creador.

La práctica bolchevique ha confirmado en la forma más cruel aquellas consecuencias terribles de esta doctrina que todo hombre dotado de razón hubiera podido predecir. Durante 25 años ha sabido el sistema bolchevique aislar herméticamente del resto del mundo el campo de experimentación de su supuesta ordenación ideal de la sociedad humana. Sólo la guerra ha abierto brechas en estas murallas permitiendo al resto del mundo dirigir una mirada al sedicente paraíso de los obreros. Lo que los soldados alemanes han visto y hallado en la Unión Soviética, no ha sido un paraíso riente de hombres felices, sino un páramo gris de esclavos del trabajo desprovistos de alma y privados de toda cultura y dignidad humanas.

Lo que la conocida revista inglesa «Nineteenth Century and After» descubría en su número de noviembre concuerda totalmente con lo que millones de soldados alemanes han visto con sus propios ojos:

«Los campos de trabajo soviéticos son únicos en el mundo; en ellos se encuentran hombres y mujeres que han sido condenados por delitos políticos reales o imaginarios. De ordinario la condena es de 8 años. Como ésta, sin embargo, puede renovarse automáticamente, la víctima tiene poca esperanza o ninguna de retornar a la comunidad, aún en el caso de que sobreviviera en realidad a los años de trabajos forzados.

Las condiciones en que los condenados tienen que vivir, son tales que no existe probabilidad de sobrevivir a ellas. Se han hecho diversos cálculos sobre el número de los condenados, oscilando aquéllos entre 10 y 18 millones. Los campos de trabajo radican en territorios enormes e inaccesibles, que eliminan toda posibilidad de fuga.»

Pensando en las matanzas y secuestros en los Estados Bálticos, trayendo a nuestra memoria el nombre de Katyn o el degüello de toda la clase intelectual en los territorios conquistados etc. etc., podemos percatarnos de lo que el bolchevismo en realidad es: un sistema refinado verdaderamente satánico dirigido a la eliminación radical de todos los impulsos ascendentes del hombre, así como al aniquilamiento organizado y a la opresión sistemática de todas las clases del pueblo elevadas y progresivas dentro del terreno social. En oposición diametral con el principio de la selección y del máximo ascenso en rendimiento y cultura de la humanidad, el bolchevismo es el sistema del abatimiento del individuo y de la colectividad hasta las formas de vida más inferiores y hasta el más ínfimo nivel social de la comunidad humana.

Uno de los hechos más asombrosos es que el bolchevismo, que ha sabido rodearse con el nimbo de redentor de los desheredados del capital, no sólo no ha eliminado este capitalismo en su propio país, sino que ha sustituido la dictadura del capitalismo privado por la dictadura del capitalismo de clases, es decir, por la más brutal dictadura del capitalismo que jamás el mundo ha visto. Veinticinco años de dominación de este capitalismo de clase han bastado para crear para los obreros en la Unión Soviética una vida todavía más cruel y más terrible que lo que nunca haya podido hacer la más cínica dictadura del capitalismo privado. En lugar de cien lobos aislados ha surgido una manada de lobos

organizada estatalmente. El capitalismo de clase no ha suprimido ni un sólo carácter de la explotación capitalista, de la esclavitud del obrero ni de la miseria proletaria de las masas. Al contrario; en los 25 años de su desarrollo durante la paz, ha agravado constantemente la explotación de los campesinos y obreros, la esclavitud del trabajo, el terror económico y el margen de ganancia capitalista, todo ello con el fin de extraer del sudor de sus obreros, y aún a costa de su miseria total, un instrumento bélico gigantesco, para, desde su espacio estatal, completamente exangüe, asaltar y saquear nuevos territorios.

Si los bolcheviques consiguieran realizar sus planes, la Europa bolchevique se convertiría en una colonia de rango ínfimo explotada por la dominación mundial judeo-bolchevique. Millones de obreros alemanes se hundirían entonces entre tormentos indecibles en los campos de trabajo de Siberia, en los bosques sin límites del Este y en la desolación de la tundra eternamente helada, abonando con su sangre y su sudor los desiertos del Turquestán y los páramos de Kasacstan. Millones de húngaros, eslovacos, croatas, serbios, rumanos, búlgaros, griegos, franceses, holandeses, flamencos, valones, finlandeses, noruegos, daneses, españoles, portugueses, suecos y suizos compartirán su destino y perecerán como esclavos del trabajo en la lejanía infinita y silenciosa del imperio bolchevique asiático. Los campos europeos se convertirían en desiertos a falta de brazos que los cultivaran. Las consecuencias sobre todo el resto del mundo y sobre su estructura económica y social serían inimaginables, hasta que incluso en el más lejano rincón de la tierra triunfara finalmente la desolación bolchevique.

Tal es el aspecto del futuro del mundo bajo la dominación del bolchevismo.

Hoy sabemos con certeza absoluta, que la gigantesca máquina de guerra extraída por el capitalismo de clase bolchevique de la sangre y el sudor de sus obreros bajo un extraordinario sigilo hacia el exterior y mientras Europa desarmaba, fue creada para el ataque y preparada para el asalto a los Estados de Europa.

En mayo de 1941 apareció en la Unión Soviética un libro, «Economía de guerra total y ejército rojo», precedido de un

prólogo de Molotov. En este libro, repartido en ejemplares numerados entre el cuerpo de oficiales del ejército rojo, se decía:

«Entre nuestro país y el resto del mundo sólo puede existir un estado de guerra larga, tenaz y enconada, mantenida a vida o muerte. Esta guerra exigirá extraordinaria resistencia, disciplina, frialdad, constancia y unanimidad de la voluntad. Una existencia paralela y simultánea de nuestro Estado soviético con el resto del mundo es a la larga imposible. Esta oposición sólo puede ser resuelta por la fuerza de las armas en lucha sangrienta con los enemigos de nuestra clase. Otra solución no la hay y no puede tampoco haberla.

Sólo aquél ganará que sienta en sí la capacidad de decisión para el ataque. El país dispuesto tan sólo a la defensa se halla condenado indefectiblemente a la derrota.»

El designio agresivo, del que aquí tan abiertamente se habla, se fundaba, sobre todo, en la ventaja gigantesca en el desarrollo de la técnica bélica, lograda por los bolcheviques conscientemente desde 1919, utilizando en el interior del país todos los medios del capitalismo moderno y explotando sin piedad a la clase obrera, mientras que, en el extranjero, sus judíos predicaban el pacifismo. El intelecto humano, ligado como está a la causalidad directa de los acontecimientos no acierta a veces a percibir la mano de la Providencia, si no, más tarde, en las grandes líneas del desarrollo. Hoy, sin embargo es ya un hecho históricamente cierto que el estallido de esta guerra - por mucho que sus autores merezcan ser estigmatizados - ha salvado, en efecto, a Europa de la invasión y seguro aniquilamiento por la máquina militar bolchevique. Hoy, tras cuatro años de guerra, cada uno de nosotros puede justipreciar lo que en nuestra época, de tan gigantescas revoluciones técnicas, puede significar para la situación bélica del momento una ventaja, por pequeña que sea, en la técnica del armamento. Sobre esta base puede imaginarse lo que hubiera acontecido, si al atacar a Europa, el bolchevismo con su superioridad de 25 años de fabricación técnica ilimitada de armas hubiese encontrado un adversario que, en este terreno, hubiese permanecido al nivel de 1918. Con las decenas de miles de sus modernos carros de combate pesados que poseía en 1941, el bolchevismo hubiera aniquilado, por muy heroica que hubiera

sido la resistencia de ejércitos ligeramente armados, invadiendo a Europa hasta la costa del Canal de la Mancha. Sin el rearme de la Alemania nacionalsocialista, sin la necesidad implacable de progresar en la técnica de los armamentos, tal como la guerra la ha impuesto al Reich, sin la amplia visión y la decisión del Führer al que todo ello ha de agradecerse, es seguro que toda Europa se hubiera convertido en un fácil botín para los soviets, fuera cual fuere el punto y hora que hubiesen escogido para el ataque.

Los acontecimientos que, condicionados por el tiempo, provocan las grandes conmociones, reciben, considerados en el espejo del gran proceso de la historia, otro aspecto del que les es propio situados dentro del limitado horizonte del presente.

Situada en el umbral de un proceso revolucionario social de dimensiones planetarias, Europa no podía escapar al destino de luchar contra el bolchevismo o perecer.

Sea esto dicho a todos aquellos en Europa que se entregan a la ilusión o difunden la idea de que la lucha contra el bolchevismo hubiera podido evitarse y ser ahorrada a los Pueblos europeos. Los que tal hacen viven en una ficción; bajo su pensamiento no se halla la realidad, sino tan sólo una ensoñación deseada. El individuo aislado puede alzarse contra el destino que ha situado justamente a nuestra generación en el tránsito político y social más gigantesco de todos los tiempos, junto con sus duras y terribles implacabilidades. Se trata, empero, tan sólo, de una cómoda fuga del pensamiento, que quiere escapar de la dureza de la escueta realidad. El paso férreo de la historia, al que también su vida se halla vinculada, no se aparta, por eso ni un ápice del camino por el que el destino cabalga.

La lucha a vida o muerte entre progreso y retroceso, el choque de la potencia destructora de la infrahumanidad bolchevique con la energía ordenadora y cultural de Europa era, por razones de dinámica interna, ineludible e inevitable, desde el momento en que la máquina militar bolchevique se sintió armada con superioridad suficiente para proceder al ataque. Desde su llegada a la tribuna política, ha elevado constantemente el Führer su voz admonitoria. La responsabilidad histórica de las grandes democracias occidentales consiste en no haber percibido la

amenaza y en que, en lugar de unirse contra el que les amenazaba, han hecho causa común contra su salvador.

En este proceso representa una paradoja de dimensiones trágicas característica, a la vez, por lo demás, de la persona que ofrece este espectáculo cómico - que uno de los poquísimos políticos de la Europa occidental que había reconocido toda la peligrosidad para la civilización humana de la creciente potencia militar bolchevique y que había empuñado las armas contra ella en público, es hoy quien marcha del brazo de ese mismo bolchevismo contra el mundo cultural europeo. Este político es Churchill, el mismo Churchill que hoy va desde Londres hasta Teherán a fin de arrojarse a los pies del Zar rojo.

«Los ejércitos bolcheviques », manifestaba ya el 11 de abril de 1919 en el Club Aldych, «marchan a la busca de alimentos y de botín, y en su camino se hallan tan solo pequeños y débiles Estados y naciones agotados y estremecidos por la guerra. Si Alemania llegara a ser vencida por esta peste bolchevique, bien a causa de la debilidad internacional o bien como consecuencia de una efectiva invasión., sería desgarrada en pedazos».

Y en agosto de 1931 escribía las siguientes frases de advertencia en un artículo muy difundido que llevaba el título de «La amenaza rusa»:

«Rusia, que posee ya, con mucho, el mayor ejército del mundo, continúa armándose y especializándose, sobre todo en aquellos medios de guerra científica más nuevos, más aborrecibles y más intranquilizadores: una aviación cruel, artillería pesada, tanques y carros blindados. Todavía es hora de indicar que en uno o dos años Rusia se hallará armada para la guerra en una forma como nunca en el pasado y en una medida que la hará invencible para todos sus vecinos.»

Todo el absurdo de la actual política inglesa salta a los ojos en forma impresionante si leemos las acusaciones lanzadas por Churchill contra el bolchevismo, antes de que, cegado por su odio contra la Alemania nacionalsocialista, se hubiese arrojado en brazos del bolchevismo, es decir, cuando todavía juzgaba las cosas clara y desapasionadamente.

El hombre que celebra hoy a la Rusia Soviética como salvadora de la civilización humana, manifestaba todavía a través de la emisora londinense el 20 de enero de 1940:

«De todas las tiranías de la historia, la bolchevique es la peor, la más destructora y la que más degrada.» «La esclavitud del bolchevismo es peor que la muerte.»

El Presidente del Consejo de Ministros de un país, en el que los más altos dignatarios seculares y eclesiásticos se lanzan incesantemente a las más repulsivas manifestaciones de simpatía y a las más impúdicas humillaciones ante los delincuentes bolcheviques, éste mismo Primer Ministro decía lo siguiente sobre los soviets el 17 de Julio de 1919 en el Club Británico Ruso:

«Hay gente en este país que se apresurarían a arrojarse los primeros a los pies de este nuevo tirano y que designan como un paso hacia la redención y libertad del mundo lo que constituye el más terrible y nunca visto retroceso a la barbarie y animalidad.»

El hombre que hoy compone sentencias acerca de la lucha común de los soviets por el progreso del mundo y que habla de los «deberes frente a la humanidad», manifestaba el 3 de enero de 1920 en un discurso en Sunderland:

«¡Qué monstruosa confusión e inversión de los hechos no significa presentar la doctrina bolchevique como un progreso, cuando a cada paso y en cada estadio retrocede netamente en el más tenebroso pasado!»

Y en diciembre de 1930 escribía:

«Lo que observamos en Rusia es un proceso de descenso hacia las escalas culturales de seres inferiores.»

El hombre que manifestaba entonces solemnemente y juraba a sus compatriotas:

«No podemos concluir ningún tratado con los bolcheviques, porque tenemos que distinguir entre justo e injusto, entre honor y traición, entre progreso y anarquía», este mismo hombre exige hoy la colaboración con los soviets a todo precio y suscribe con Moscú y contra Europa un tratado de alianza tras otro.

¿ Y qué decir de los pequeños Estados europeos ? En agosto de 1931 escribía Churchill:

«A lo largo de las fronteras de Rusia, del Mar Báltico hasta el Mar Negro, se extiende un cinturón de Estados que constituyen la avanzada de Europa contra la idea del comunismo asiático. Para todos estos Estados el sistema ruso es un monstruo devorador, de cuyas fauces han escapado con trabajo.»

Este mismo hombre es el que hoy entrega sin escrúpulos los pequeños Estados de Europa a este monstruo devorador. Podríamos aducir docenas de manifestaciones semejantes de Churchill, de las que se deduce su grotesca versatilidad política y la inestabilidad verdaderamente impresionante, bajo el punto de vista humano, de su carácter. El valor que merecen las promesas de este hombre se deduce, sobre todo, de la declaración solemne hecha por él sobre el bolchevismo el 18 de noviembre de 1929 ante la Unión de Oxford:

«La política que yo siempre mantendré - exclamaba en aquella ocasión - es el derrumbamiento y la destrucción de este régimen criminal. »

Las palabras pronunciadas por Churchill entonces son la condena moral de la política inglesa de hoy.

Y esta total discontinuidad interna, este anarquismo de los principios por la falta de toda línea y concepción políticas, no se encuentra tan sólo en Churchill, sino que penetra toda la política actual de la Gran Bretaña. Hay un legado del Rey Jorge V, una «Recopilación oficial inglesa sobre el bolchevismo en Rusia», presentado en el Parlamento por orden de Su Majestad (1919), en el cual se contiene el informe dirigido el 6 de septiembre de 1918 al Rey de Inglaterra por el Embajador inglés en San Petersburgo, Buchanan. En este informe se dice:

«El gobierno soviético entero se ha hundido hasta el nivel de una organización criminal. Los bolcheviques han comenzado una carrera de locura criminal. Si no se pone término sin demora al bolchevismo en Rusia, la civilización del mundo entero se halla amenazada. Si el bolchevismo no es extirpado, se extenderá de una forma u otra sobre Europa, ya que se halla organizado y dirigido por judíos que no están vinculados a nación alguna.»

Dado el tránsito de la Inglaterra oficial al campo de tales criminales, este legado antibolchevique y, a la vez, antisemita de Jorge V, representa hoy un memento para el pueblo inglés y la política de su gobierno.

Cuando Inglaterra rechazó la mano de paz del Führer y, en su lugar, aceptó la ayuda del bolchevismo para aniquilar a Alemania, destruyó con ello los fundamentos de su propia política. Con la teoría del equilibrio de las potencias en el continente perdió Inglaterra, a la vez, también su propio equilibrio político.

Si los habitantes de la isla inglesa se preguntaran hoy, ayudados por la escueta realidad y sin influjo de Churchill, por qué luchan en realidad, no hay duda de que, tal como las cosas están, tendrían que llegar a un resultado altamente extraño.

Si de esta suerte se preguntaran llegarían a la total claridad y conciencia de que, con excepción de la criminal camarilla de los gananciosos en la guerra, todos luchaban contra sus propios intereses y combatían por lo que ellos mismos no desean. En esta guerra luchan en Inglaterra:

Los obreros por sus explotadores capitalistas, los empresarios por sus verdugos bolcheviques, y los comerciantes por el siglo norteamericano que arruina su comercio y destruye el Empire.

Todos los ingleses juntos, empero, luchan contra un enemigo que se hallaba dispuesto a garantizarles como amigo lo que ahora van a perder a manos de sus aliados. Es extraordinariamente característico de la peculiaridad de la situación política y sintomático de la falta de todo objetivo de guerra racional por parte de la Gran Bretaña, que en esta guerra todos los ingleses se encuentran, en cierto modo, con el frente en dirección contrapuesta. Un humorista en Inglaterra ha escrito recientemente que ello constituye en realidad el segundo frente, el cual no es preciso ya buscar porque en realidad hace largo tiempo que existe en Inglaterra por doquiera.

He hecho que los ingleses mismos hablaran a fin de mostrar con sus propias palabras y observaciones toda la mentira y absurdidad internas de su política, así como para poner de manifiesto el callejón político en que hoy se ven atascados. Si uno se pregunta quién ha sido el que ha maniobrado a los ingleses

hasta conducirles a este paradógico papel, la respuesta no puede ser más que una: Los judíos, la propia miopía política y el presidente de los Estados Unidos.

La relación de Roosevelt con el bolchevismo reviste en este aspecto una significación singularísima. La actitud de los Estados Unidos frente al bolchevismo había sido hasta ahora siempre poco clara. El pueblo norteamericano mismo, llevado por una repugnancia íntima, le ha rechazado siempre de la forma más radical, viendo en él un régimen, el más próximo a la dominación satánica en la tierra. Todavía el 6 de julio de 1941 escribía el «New York Times», expresando esta actitud:

«Sería una vergüenza que los soldados norteamericanos tuvieran que rendir honores a Stalin como aliado, ya que Stalin es el peor delincuente contra la cultura de todos los tiempos.»

Sin embargo, y sobre la base de documentos y notas de archivo a todos asequibles, puede hoy asegurarse con toda certeza que, en contraposición con los habitantes de su país, el presidente de los Estados Unidos ha apoyado conscientemente a los soviets durante un decenio, ayudándoles en la empresa de extender su poder. Ya en 1918-1919 la política oficial norteamericana contradecía diametralmente la política británica en lo que al trato de los soviets se refiere. Mientras que Churchill tendía a su debilitamiento y a su partición, Wilson tendía a un robustecimiento de los bolcheviques. En la misma línea se encuentra también Roosevelt, el cual ha atizado constantemente el odio contra los constructivos Estados totalitarios, sin que se haya, empero, oído jamás su voz contra los inauditos crímenes del bolchevismo. Mientras que todo el mundo civilizado rechaza con repugnancia el sangriento régimen bolchevique, y el Padre Santo le condena en su Encíclica como destructor de toda cultura humana y la más terrible barbarie de la historia, no encontramos ni una sola palabra contra el bolchevismo en Roosevelt, cuyas tartuferías moralizadoras no suelen faltar en ninguna ocasión. Hoy se sabe que detrás de esta sospechosa actitud hay que buscar algo más que una «delicada» reserva política, a la cual por lo demás no se está acostumbrado en Roosevelt. El curso de los acontecimientos ha puesto al descubierto entretanto algunas cartas de su diplomacia probolchevique.

Aquí vemos los contornos de un plan que Roosevelt ha edificado desde hace años a espaldas de Inglaterra prosiguiendo sin descanso su realización. El plan de dejar al bolchevismo campo libre en Europa no es para Roosevelt algo así como un mal necesario y una concesión hecha bajo la fuerza de las circunstancias, sino, desde hace largo tiempo, el triunfo en su juego político mundial, triunfo que hoy ha puesto abiertamente sobre la mesa en Moscú. Que este triunfo se halla dirigido, a la vez, contra Inglaterra y debilita a la Gran Bretaña, es la verdadera idea soporte de este juego, que Roosevelt, eso sí, mantiene todavía hoy oculto en el más oscuro rincón de su corazón. Su proyecto de fijar en Europa a Inglaterra por una amenaza vital permanente de parte bolchevique y de debilitarla así decisivamente, con el fin de poder heredarla de esta manera tanto más fácil y seguramente en el Pacífico, es la base verdadera de su política europea probolchevique.

En este juego el destino de los pequeños pueblos del continente europeo no desempeña para él más que un papel subalterno. Estos pueblos no son para el Presidente norteamericano sino un precio de venta bien barato a los soviets, que le sirve para realizar sus ambiciosas intenciones. Roosevelt querría entregar Europa al bolchevismo para poder rematar ahora con la pérdida de las últimas colonias inglesas la declaración de independencia norteamericana de 1776. Por medio del bolchevismo el Presidente norteamericano quiere eliminar a Europa como centro de energías político-nacionales y en tanto que factor económico independiente, con lo cual, a la vez, elimina también a Inglaterra, rebajándola a la categoría de nación de segundo orden dentro de sus planes de dominación universal.

Con el fin de hacer realidad la época del internacionalismo y el siglo de la explotación, Roosevelt traiciona a Inglaterra a favor del bolchevismo y sacrifica Europa a los Soviets. El Ministro del Interior de Roosevelt, Ickes, lo ha expresado así recientemente en forma clara y breve, diciendo que la Gran Rusia y la Gran América se repartirán entre sí la hegemonía del mundo. Este es también el profundo sentido que anima la carta particular escrita desde Bruselas a Roosevelt el 18 de enero de 1939 por Eduard

Davies, el antiguo Embajador norteamericano en la Unión Soviética:

«Las personalidades dirigentes dentro del gobierno soviético me han dicho que en el mundo no hay más que un gobierno en quien tengan confianza y que éste es el gobierno de los Estados Unidos bajo la presidencia de usted.»

Sólo así pueden entenderse también las palabras escritas el 8 de noviembre de 1943 por Lippmann, el amigo de Roosevelt: «La Unión Soviética se convertirá en la más gigantesca potencia situada a espaldas de nuestros amigos ingleses.»

¡La premeditada intención de Roosevelt, consistente en situar a la Rusia Soviética como la potencia más gigantesca a espaldas de sus amigos ingleses, hace aparecer bajo el aspecto de maravillosa sabiduría la política de «unión fraternal» con los Estados Unidos seguida por Inglaterra!

« Lo mismo que el perro de la fábula - escribe el conocido escritor inglés, John Middleton Murry - así nosotros también trataremos de coger la sombra y perderemos el hueso. Llevados por la vana esperanza de llegar a ser lo que no podemos ser, dejaremos de ser lo que en realidad somos.»

Esta política caracteriza el «talento» del gran estadista Churchill. Un Pitt, un Cecil Rhodes y, en fin, todos los demás estadistas ingleses del pasado que han hecho grande el Imperio, se estremecerían en sus tumbas si pudieran ver cómo la labor de Churchill destruye su obra y socava los fundamentos del Imperio británico. Una clara confirmación de ello nos la suministra el Primer Ministro sudafricano, Smuts, al decir: «Bajo un punto de vista material-económico , la Gran Bretaña será en el futuro un país pobre. Rusia es el nuevo coloso en Europa, un nuevo coloso que avanza sobre este continente. Como los otros se hallan derribados en tierra, la Unión Soviética se convertirá en soberana del continente desapareciendo todo posible equilibrio de fuerzas. Una Inglaterra fuerte constituye un obstáculo para los planes imperialistas de Roosevelt, los cuales, en cambio, no sólo no se ven estorbados, sino, más bien, complementados por el imperialismo bolchevique.

Roosevelt quiere establecer el siglo norteamericano que deberá hacer posible a los judíos de Wall Street la eliminación de todas las barreras nacionales y la explotación sin obstáculos de la tierra. Este hecho es expresado exactamente por el semanario de extrema izquierda inglés, »New Leader»: «El próximo siglo - escribe esta publicación - será el siglo del imperialismo americano, el cual significa el fin del antiguo Imperio británico. Si este siglo llega a amanecer un día, no durará mucho hasta que los mismos antifascistas ingleses de hoy descubran que Wall Street es un enemigo de Inglaterra mucho mayor que Alemania. Las bandas de salteadores de la plutocracia del dólar harán retroceder a segundo plano todo lo que el pasado ha visto. »

La revista, en cambio, no añade, por razones fáciles de comprender, que el objetivo de los soviets es también la misma desintegración nacional y explotación internacional, sólo que bajo el símbolo bolchevique-judío.

Por estos fines desatinados de un supracapitalismo criminal y de una inhumanidad bolchevique, que, caso de que llegaran a triunfar precipitarían al mundo en un abismo inimaginable de miseria social: por estos fines combate el pueblo americano contra Europa y se desangran sus hijos en los campos de batalla del continente europeo. No por las cuatro libertades, no por la mascarada que ondea hoy como pendón sobre Atlantic City, no por falsas declamaciones y mentidas declaraciones, no por un mundo mejor y más hermoso luchan y se desangran hoy en realidad los hijos de los Estados Unidos y del Canadá. sino por el caos y la catástrofe en que se hundirían toda cultura y civilización. Quizás ellos mismos lo sospechan, pero los continuos señuelos que se hacen brillar ante sus ojos, la barrera de niebla hecha de mentira y falsía, la mascarilla clorofórmica de «bluff» y embuste, todo ello impide a sus cerebros pensar y llegar al conocimiento de la verdad.

¡Qué idea más infantil y qué credulidad más incomprensible la de los pequeños Pueblos de Europa que creen que Roosevelt, el prototipo del supracapitalismo, que trata de venderlos a la Unión Soviética, ha de salvarlos, protegerlos y brindarles seguridad!

Además de que, aunque quisiera, tampoco podría hacerlo. Una garantía angloamericana a favor de los pequeños Estados en

Europa no vale ni el papel sobre el que se firme. La potencia desencadenada del bolchevismo no puede combatirse con tinta, ni las hordas de la estepa pueden detenerse desde la mesa de conferencias. Este cometido solo puede realizarlo un país enclavado en el corazón de Europa y llamado por razones geográficas e históricas a convertirse en potencia ordenadora política. Frente a este hecho nada pueden frases y espejismos de seguridad colectiva y apoyo recíproco, de futura comunidad y organización mundiales para la conservación de la paz, por muy, hermosamente que todo se halle construido, y nada pueden tampoco los más sugestivos programas de colaboración internacional, fraternal y demás tópicos de igual especie.

Sólo la garantía de Alemania es garantía para los pequeños Estados de Europa.

«Sin este foco de energías en el centro de Europa – escribía recientemente un belga - nuestro continente se hubiera derrumbado ya hace tiempo, las hordas de la estepa se hallarían hoy en las márgenes del Elba alemán, del Mosa holandés, del Escalda flamenco y del Sena francés, y la bandera roja con la hoz y el martillo ondearía, pese a todos los sacrificios de la nueva España, sobre las ruinas del heroico Alcázar, sin que todas las oraciones y ceremonias eclesiásticas pudieran impedir que hubiera sido también izada sobre la Basílica de San Pedro en Roma. »

No existe otra alternativa que la bolchevización del continente o la nueva ordenación de Europa bajo el símbolo de la victoria alemana. El triunfo de las naciones europeas bajo la directiva de Alemania es el único camino que señala hacia el futuro.

El triunfo de plutocracia y bolchevismo significa para Europa la muerte y para el mundo la ruina social. El triunfo de Alemania y de las naciones europeas abre, en cambio, a la humanidad el camino hacia un futuro feliz y luminoso.

El mecanismo de los acuerdos internacionales que prometen todo y nada cumplen, no puede asegurar la paz de los pueblos ni es capaz de elevar el nivel de vida de las masas. Sólo la fuerza enraizada de pueblos vigorosos puede proteger y hacer florecer espacios vitales crecidos orgánicamente, y sólo la energía

conformadora de nuevas y fructíferas ideas, acordes con el proceso de desenvolvimiento natural, puede realizar el progreso humano. Estas ideas, nuevas, grandiosas y potentes que hacen posible un orden natural común de naciones libres e independientes, que sustituyen la violencia como solución de los conflictos de intereses por la competencia pacífica entre los pueblos, estas ideas han sido producidas por Alemania. Alemania ha establecido los fundamentos de un nuevo orden de la vida humana en común, en virtud del cual se abre a las masas trabajadoras de la humanidad un futuro más claro y más luminoso.

Nuestros enemigos no podrán hacer desaparecer este hecho con sus mentiras. También bajo la sombra de la guerra se echa de ver su sucia dialéctica. ¿Quién puede esperar que realicemos una labor de paz en medio de la guerra y en medio de una guerra, sobre todo, que nos ha sido impuesta por nuestros enemigos con el fin precisamente de destruir esta labor constructiva? Pero nuestras realizaciones durante la paz ponen al descubierto sus calumnias durante la guerra, y el robo de nuestra ideología les acusa. Despojados de todas las frases y desnudos de todo disfraz, se alzan ante nosotros, tal como son, estos apóstoles de la humanidad: pobres en ideas y ricos en vileza. Alemania, en cambio, que ha producido las grandes ideas de la época, mantiene con ellas en la mano las llaves del futuro.

Sobre la base de esta concepción de florecimiento nacional y de deber social a la comunidad de todos los hombres honrados que han llevado sobre sí la carga de esta guerra, se organizará Europa, una vez que la paz retorne, y se reconstruirán las ciudades arrasadas edificando las moradas de los hombres más hermosas y más progresivas que pudo destruirlas la furia devastadora de nuestros enemigos. Mucho de lo que del pasado destruyeron, no podremos sustituirlo, pero el recuerdo de aquello que nos fue caro y amado mantendrá vivo nuestro odio y hará ilimitada nuestra decisión de juzgar a los delincuentes contra nuestro pueblo y contra toda la sociedad humana y de no dejarles nunca más la posibilidad de arrastrar a los pueblos a la desdicha.

Las gigantescas conquistas de la técnica en esta guerra se pondrán después al servicio del bienestar y de la mejora de las

condiciones de vida de los productores. El ritmo del desarrollo técnico abreviará la duración de la reconstrucción y multiplicará sus posibilidades. El premio mayor de nuestros ingenieros y técnicos será entonces la gloria de la realización social y la dicha de los trabajadores.

Una vez destronado definitivamente de su dominación el dinero, en tanto que factor económico sin rendimiento, y una vez que el capital no se sirva a sí mismo, sino a la vida de la nación y a su desenvolvimiento, como es en principio su destino; una vez que nuestro principio de productividad económica haya sucedido al dogma de la rentabilidad capitalista y una vez que la producción más elevada produzca, a la vez, al empresario la máxima ganancia y al obrero el máximo jornal entonces no habrá en el mercado atascamientos de mercancías caras e invendibles que pongan en peligro el andamiaje social del mundo sino que aquéllas serán absorbidas gracias a la mayor fuerza adquisitiva de los hombres cuyas manos las crearon. Entonces se hallará abierto el camino hacia una nueva época de progreso económico y social para todos.

Los Pueblos de Europa, pequeños o grandes, que se complementan recíprocamente por la multiplicidad de sus especiales capacidades y realizaciones, que dependen unos de otros por razones espaciales y por sus mismas condiciones de vida, y que poseen igual voluntad de paz y progreso, construirán bajo la dirección de la grande y fuerte nación de este continente un baluarte que les brinde seguridad frente a todo ataque y que les haga posible, por medio de un intercambio y competencia pacíficos y económicos, desarrollar y llevar a cabo entre sí su propia vida nacional.

Esta Europa es la más robusta y la más capaz de afirmarse en un mundo de grande y progresivo desarrollo, siempre que constituya culturalmente una multiplicidad, económicamente una unidad y políticamente una comunidad de naciones independientes. Una Europa tal, con la elevación de su cultura, con las conquistas de su espíritu, con sus hombres de tan alto valor, con su selección ininterrumpida de los más capaces y la creación de fuerzas siempre renovadas, posee todas las presuposiciones para la realización de grandes y gigantescas

obras en pro del progreso social y de un gran futuro para los hombres.

Nosotros, alemanes, tenemos que combatir una lucha dura y penosa por la conquista de este futuro. El destino, cuyos caminos tan extraños son a menudo, nos ha situado a nosotros y a nuestros aliados ante la enorme tarea de sostener una lucha gigantesca por un nuevo mundo mejor y de combatirla, además, por otros Pueblos de Europa que se sitúan al margen de la contienda, e incluso por los trabajadores de aquellos pueblos que hoy luchan contra nosotros. Nosotros no nos hemos buscado esta tarea, sino que la vida nos fuerza a llevarla a cabo. Sabemos que en esta contienda lo que se ventila es el ser o no ser, el progreso o la ruina, la vida o la muerte. Es por eso que luchamos poniendo en juego todas las energías, concentrando todas las fuerzas, con los dientes apretados y con una tenacidad incansable. Al final triunfaremos porque el futuro sólo pertenece a aquéllos que la Providencia ha predestinado a cumplir sus designios.

¡Nada importa que la propaganda de nuestros enemigos continúe sirviéndose de la estrategia del «bluff »! Ya llegarán a experimentar en sí cuánto se engañan a sí mismos y cuánto han engañado al mundo. Llegará un día en que descargará sobre ellos la guerra de nervios que nos tenían destinada. Hoy se prometen todavía algo, cuando los tres archiagitadores, Roosevelt, Churchill y Stalin se esfuerzan personalmente en poner en movimiento el bluff mayor de todos los destinados a destruir la moral alemana. Tres días con sus noches han trabajado en su nueva edición de los 14 puntos de Wilson, con la que tratan de engañar al pueblo alemán. Esta nueva edición va a descender ahora sobre Alemania junto con bombas explosivas y bidones incendiarios.

Desde hace meses se nos ha venido anunciando este tosco engaño. No nos era necesario tan largo tiempo para percatarnos de lo que se halla tras las sentencias, las frases y sugerencias, las promesas y amenazas, las exhortaciones y las maldiciones, con las que creen poder conmover nuestros nervios y nuestra moral combativa. Tratan de obscurecer nuestro entendimiento y de lanzarnos a la autoaniquilación, una vez que no pueden vencernos en los campos de batalla.

El pueblo alemán ha creído una vez en promesas aliadas, y de las hermosas frases surgió la mayor estafa de todos los tiempos y la más monstruosa explotación de un pueblo. Ni 14 ni 28 puntos podrán volver a engañarnos.

Tampoco esta maniobra superpesada nos conmoverá, porque de sobra conocemos el metal que en ella se alberga.

El pueblo alemán, al que no pueden arrancarse las armas de la mano, se le conjura con palabras altisonantes para que deponga voluntariamente la espada. Y esta maniobra se trata de realizar con las más estúpidas promesas y necias amenazas, con mentiras desvergonzadas y sugerencias hipócritas.

Sabemos perfectamente lo que quieren de nosotros estos lobos con piel de cordero, y el pueblo alemán preferirá confiar en su propia fuerza a hacerlo en los señores del Kremlin, de la City y de Wall Street. Aún cuando sus frases sean tan dulces como miel persa y alucinadoras como rosas de Persia, el intento de vencernos con palabras en lugar de con las armas, es el primer síntoma claro de debilidad que nuestros enemigos nos ofrecen.

La guerra exige de los hombres de la prensa un último esfuerzo y máxima fuerza de voluntad, lo mismo si luchan en uniforme que si cumplen su deber en su hogar, en el frente de la retaguardia.

Su cometido es de importancia máxima y directa para la guerra. En esta contienda, en efecto, triunfará, no sólo la fuerza de las armas, sino también el espíritu que las crea, que las anima y las conduce. El gran cometido de los hombres de la prensa alemana en esta contienda gigantesca es robustecer y acerar ininterrumpidamente este espíritu de heroísmo y decisión en el pueblo alemán. Este cometido exige toda la fuerza de nuestro espíritu, toda nuestra pasión para la lucha y toda nuestra capacidad de convencer a los hombres. Los periodistas alemanes han puesto en acción en esta lucha todas estas energías. Hora por hora salen al encuentro de las olas de mentira de nuestros enemigos cumpliendo su deber de hacer llegar a sus lectores energía, fortaleza y confianza. Vosotros, los que aquí me escucháis, cumplís vuestro cometido precisamente en las horas de máxima dureza y gravedad de la guerra, y lo cumplís con

abnegación incansable. Y si vuestros lectores os preguntan cuándo termina la guerra, respondedles:

¡Cuando hayamos triunfado! ¡Ni antes ni después!

Cuanto más dura y más tenazmente luchemos, tanto más pronto terminará esta contienda, y cuanto menos hagamos, tanto más durará. Pero triunfar, triunfaremos pase lo que pase, pues antes no cesaremos de luchar.

Editado por Terrarnare Institut, BerlinW8, Kronenstrasse 1

Imprenta Buchgewerbehaus M. Müller & Sohn, Berlin